VI

EL CAMINO DEL CRIMEN

Así, acababa de producirse la catastrofe que Juan había previsto y había querido evitar por su parte al precio de su propia dicha : el encuentro de su padre con las realidades profundas de su vida de familia. De los cinco caracteres entre los cuales vivía, José Monnerón no conocía ni uno solo en toda su verdad y debía sufrir horrorosamente cuando se disipara la ilusion que alimentaba respecto de ellos. De pronto aquel optimista medio inconsciente y medio voluntario sabía una de esas cosas atroces que, una vez demostradas, abren los ojos á los más ciegos. Ciertas revelaciones son para todo un medio lo que la pauta puesta encima de la página criptográfica. Antes de colocar sobre la línea aquel cartón recortado no se comprende ni una palabra. Después se lee fácilemente y con ella las demás. ¡Su hijo Antonio falsificador y ladrón!...¿Cómo iba el profesor à soportar semejante revelación sin preguntarse el porqué? ¡ Cuántas nuevas preguntas iban envueltas en las respuestas á ese porqué! Juan vió de repente el

derrumbamiento del castillo de guimeras en que se abrigaba la susceptible sensibilidad del funcionario mal casado, mal establecido en la existencia, mal informado sobre las leyes del mundo moral y social y resuelto á no reconocer sus errores para no desesperarse. Una ver más el instinto del « consuelo » fué arrojarse entre su padre y la realidad y Juan se hizo eco de una protesta sabiéndola infundada: Todo era ya claro para él. El amante de Ángela de Azay no podía vivir como vivía con sus recursos legítimos y los medios para tener dinero sin ganarle son limitados : era preciso que Antonío lo recibiera de alguien ó que lo robase. Riouffol le había acusado de recibirlo de su querida. pero sin pruebas. El jefe de su oficina le acusaba de haber robado, y éste no era, como el otro, ningún envidioso ni ningún fanático. Un hombre del carácter y de la posición del señor Berthier no podía haber hablado al azar. Este razonamiento irrefutable se imponía á la inteligencia de Juan con una de esas evidencias que se adelantan á la reflexión, lo que no le impidió decir à su padre cogiéndole las manos y obligándole á sen-

— ¡ No, no! No es verdad... No es posible... Hay aquí algún error... Todo se pondrá en claro en cuanto hables cinco minutos con Antonio... Conozco á mi hermano y no es capaz de semejante acción...

— ¿ Verdad que no?... exclamó Monnerón mirando á Juan con apasionada ternura, como si hubiera querido beber en los ojos de su híjo preferido una sugestión que todo su esfuerzo no llegaba á procurarle. — Eso es lo que me estoy repitiendo desde mi horrible conversación con el señor Berthier. Educado como lo ha sido en esta casa, donde no ha visto más que buenos ejemplos, no puede haberse vuelto un criminal de la

noche á la mañana. ¿ Y por qué? Es un poco vanidoso, es cierto, y le gusta el lujo, pero gana mucho dinero. De sus ciento cincuenta francos al mes, da cincuenta á tu madre y se guarda ciento para sus gastos, lo que no deja de ser una suma. Siempre me ha dicho que ahorraba una parte y le he dejado para que se acostumbrase á hacer economías. Tienes razón. En esto hay algún error...; Cuándo vendrá! Algún amigo le habrá retenido y á estas horas se estará divirtiendo. ¿ Viste esta mañana cómo bromeaba? Son, sin embargo, ciertos los versos inmortales:

... Prima est hec ultio quod se Judice, nemo nocens absolvitur...

¿Hubiera estado tanalegre, pregunto yo, teniendo sobre la conciencia el peso de una falsificación y de un robo? Antes de que saliera estuvisteis hablando. ¿ Te dijo á dónde iba?

— Nada de eso, dijo Juan, y el rubor de esta nueva mentira le tiñó de rojo las mejillas. Hubiera sido peor aumentar las inquietudes de su padre con un síntoma cualquiera que denunciase una vacilación interior. — Pero, en fin, preguntó; ¿ Qué ha dicho el señor Berthier? ¿ En qué funda su acusación? Acaso entre nosotros dos veremos en seguinda en qué se equivoca.

— ¡ Ah! dijo el padre, no hago más que buscar ese punto y no lo encuentro... Acababas de salir, añadio como si estuviera viendo la escena, lo que indicaba una alteración prodigiosa en aquel literato abstracto que no vivía más que en sus ideas, y yo estaba leyendo mí Orestes, cuando la criada me entró la tarjeta del señor Berthier. « Viene á recomendarme algún discípulo, pensé. Celebraré el poder hacerle algún servicío, pues siempre ha sido bueno con Antonio.». Pero desde que

entró v se sentó ahí, donde tú estás, adivine algún asunto grave. « He querido hablar con usted, me dijo, antes de dirigir á mi presidente un înforme que tendría para su hijo de usted las más terribles consecuencias... » Puedes figurarte cómo me quedé al oirle. Prescindo de sus frases halagüeñas sobre su consideración hacia mí y sobre el respeto de nuestro nombre, que fueron otras tantas puñaladas dado lo que vino después y que te repito textualmente: Un señor La Croix, un pintor aficionado, muy rico, cliente de la casa de banca, fué á ella el miércoles á dar una orden de Bolsa. Pasaba por París y aprovechó la ocasión para completar sus valores. Parece, según el señor Berthier, que viaja mucho y que deja acumularse los cupones de los depósitos sin colocar jamás el dinero, detalle que el banquero considera muy importante, ahora sabrás por qué. Eran las doce y media y muchos empleados, entre los cuales Antonio. habían salido. La Croix pidió la cifra exacta de su crédito, antes de dar la orden, y Berthier cogió él mismo el libro de cuentas corrientes y sacó la cifra de veintitrés mil francos. La Croix se extrañó, puis creía tener veintiocho mil, y ambos se pusieron á comprobar las sumas inscritas en los talones y las que figuraban en el libro. Este contenía el asiento de un cheque de cinco mil francos cuyo talón estaba en blanco en el cuaderno. La Croix había visto que aquel talón estaba sin su cheque correspondiente, pero no había dado importancia al detalle, pensando que por distracción había arrancado aquel cheque con el de encima. En dos ó tres ocasiones había hecho la misma observación y explicado de igual modo análogas faltas. Berthier fué á buscar los documentos y encontró aquel cheque de cinco mil francos á nombre de un señor de Montborón que se lo había entregado á otro banco, el Crédito departemental,

123

el cual lo había cobrado en la banca Berthier. Ahora bien, La Croix declara que jamás ha oído pronunciar siquiera el nombre de Montborón, y reconoce que su firma está muy bien imitada, pero ha probado á Berthier, haciéndole examinar de cerca la letra, que la tal firma es falsa.

El desgraciado padre interrumpió aquí su cruel confidencia. Llegaba á un punto demasiado penoso y las lágrimas brotaron de sus ojos irritados por un asiduo y honrado trabajo. Et ideólogo sólo había llorado en dos ocasiones que hacían referencia á sus cándidas convicciones: en el entierro de Víctor Hugo y cuando su amigo Barantín fué acusado de prevaricación; pero las lágrimas actuales salían de lo más profundo de su sangre de padre de familia que ve el deshonor posible de uno de sus hijos. Juan, pues, aunque aquel nombre de Montborón no le dejaba ni sombra de duda, dijo á su padre:

— Pero en todo eso no hay nada que acuse á Antonio. La Croix se ha dejado su cuaderno de cheques encima de una mesa, y cualquiera, un criado, por ejemplo, le ha robado uno, lo ha llenado y por no cobrarlo él mismo se ha hecho abrir una cuenta en un banco bajo el nombre de Montborún. Todo se explica de este

— Esa ha sido la primera idea de Berthier, respondió Monnerón, y hasta ha rogado á La Croix que hiciese averiguaciones entre la gente de su casa. Como comprendes, ese error cometido en su oficina es un mal negocio para él, y estaba tan inquieto que, una vez solo, cogió el libro de cuentas corrientes para examinar minuciosamente la de aquel cliente. De pronto le chocó una particularidad. En dos ocasiones una cifra, de mil doscientos francos la primera vez y de tres mil la se-

cunda, estaba sentada en el debe y en el haber con pocos días de distancia. Era como si La Croix hubiera pedido esas dos sumas y las hubiera devuelto en seguida exactamente. Esa coincidencia de cifras tenía que ser casual v en tiempo ordinario no hubiera llamado la atención de Berthier, pero en este momento le dejó asombrado y juzga su sorpresa cuando se encontró con que los dos cheques llevaban el nombre de aquel Montborón al que La Croix no conocía siguiera. La consecuencia se imponía. Esos dos cheques debían de ser también falsos y el falsificador tenía que ser necesariamente persona al corriente de las cosas de la oficina. Al compensar así las sumas pagadas su objeto había sido mantener el total del depósito en la misma cifra, y se había servido de la cuenta referente al cliente que con más frecuencia estaba fuera de París y que menos costumbre tenía de comprobar sus cifras. Ante estas observaciones Berthier pensó: « Es uno de mis jóvenes empleados el que ha hecho la cosa para jugar. Ha probado la segunda vez con una suma mas fuerte, ha ganado de nuevo y otra vez ha devuelto el dinero. Lo ha intentado la tercera vez con mayor cantitad y ha perdido ó bien la presencia inopinada del señor La Croix le ha impedido la restitución ». Aquí tienes la hipótesis que lo explica todo. Presta atención. Los jóvenes de la oficina son los que timbran los cuadernos de cheques de los clientes y esos cuadernos tienen veinticinco ó cincuenta. Nada más fácil que sustraer un cheque antes de entregar el cuaderno al cliente, el cual cree después en una distracción propia. Por otra parte, el rodeo imaginado de servirse de otro banco para hacer cobrar los cheques sin cómplices y como mecánicamente, bajo un nombre falso, denotaba una persona del oficio. Berthier pidió secretamente á La Croix la cartilla que posee

125

cada cliente, en la que la oficina copia en detalle, cuando ellos lo piden, las operaciones de su débito y de su crédito, y le comparó con una copia de la página correspondiente del libro. Entonces vió que éste no tenía huella alguna de los cuatro cheques sospechosos á nombre de Montborón. Ahora bien, hace seis meses es Antonio el encargado del servicio de los cheques y cinco semanas antes había puesto al corriente la cartilla de señor La Croix y debió anotar en ella la fecha y la suma de los cuatro cheques. No lo hizo, de esto no puedo dudar, pues Berthier me ha traido la cartilla de La Croix y la he comparado con la hoja del libro de cuentas corrientes... ; Ah! Juan, qué minuto pasé... »

- ¡ Padre mío! respondió el joven con una voz sin aliento. ¡ Mi pobre padre!... Una mezcla indescriptible de lástima y de veneración llenaba su alma, mientras el terror de la certeza absoluta é irrefutable le oprimia la garganta. No cabía la más pequeña duda. Las circunstancias concordaban unas con otras de una manera tan estrecha, que el joven no encontraba va medio de asociarse á la rebelión de su padre contra la evidencia.

- En el primer momento, mi dolor fué muy grande y no pude hacer más que dar las gracias al señor Berthier, el cual me ha prometido no hacer denuncia alguna en veinticuatro horas para que yo pueda hablar á Antonio... Es un hombre excelente. Ya ves que tenía yo razón cuando te decía que hay hombres honrados en todas partes, hasta en la banca. Los pillos son la excepción y los hace malos la educación y la gente que los rodea. Por esto Antonio no puede serlo, no puede... Hay aquí una fatalidad que no comprendo. Tú, que le conoces y sabes lo afectuoso que es, gadmites que hubiera ido á escoger ese nombre de Montborón que

esta unido en nosotros á tan tiernos recuerdos? Sólo esto prueba que es inocente... Y después ¿ para qué quería ese dinero?... ¿ Para jugar? Pero se trata de sumas enormes, tres mil, cinco mil francos, y en esas condiciones perder es la estafa y la prisión segura. ¿Cómo Antonio, tan inteligente, había de hacer semejante atrocidad? Todas las apariencias están contra él, convengo en ello, pero no creo en el hecho, no quiero creerlo. ; Estaba vo tan orgulloso de mi numerosa familia! Sin embargo, si mi hijo primogénito fuera culpable, vo seria el primero en pedir que se le castigase con todo el rigor de las leves. Pero en nombre de mi larga vida de probidad tengo derecho á que se me den otras pruebas que simples apariencias, por contundentes que sean. Berthier no ha querido ir al Crédito Departamental á pedir datos sobre ese Montborón. Es para él cuestión de amor proprio el no hacer daño á su casa de banca. Pero yo iré con Antonio y verán que no es él. Porque, en fin, ¿ has oído hablar de algún crimen sin precedentes y sin motivos? Aquí no hay precedentes, y en cuanto á los motivos ; puedes tú concebirlos, habiendo sido educado con él y como él?...

¿Cuánto tiempo hubiera durado este monólogo con el cual un padre en la agonía trataba de engañar la fiebre de aquella mortal velada, ante aquel hijo que no bacía más que inclinar la cabeza para indicar un asentimiento que su boca se negaba á pronunciar?... Un ruido que ambos percibieron con la misma opresión del corazón los dejo inmóviles el uno enfrente del otro, silenciosos y pálidos. La puerta de entrada acababa de abrirse y se oían en el pasillo los pasos de Antonio, un poco vacilantes á causa de la obscuridad y porque él no nabía comido en el restaurant de temperancia fundado por Cremieu-Dax. El joven entraba tarareando á media

voz una marcha húngara, recuerdo de la Exposición, y los versos espirituales de Cirano, todavía nuevos:

Esos son los Cadets de Gascuña De Carbón de Castel-Jaloux...

Ofrecia un trágico contraste aquella alegria del joven y la profunda ansiedad con que le esperaban su padre y su hermano. No era posible el error. Aquella entrada tardía sucedía á una comida prolongada alegremente en casa de Ángela de Azay, de donde el joven había tenido que desaparecer antes de las doce para dejar el puesto al protector oficial. Juan preguntó con un ademán á su padre si debía llamar á Antonio. El padre inclinó la cabeza en señal de asentimiento y el hermano menor salió al pasillo, donde pudo ver en seguida con qué ligereza aquel falsificador llevaba sobre la conciencia « el peso » de que había hablado su padre, citando al efecto - el oficio es una segunda naturaleza - el clásico pasage de Juvenal. La luz que salía del despacho dió de frente al joven que, con el sombrero de copa echado hacia atrás, el gabán abierto y la suntuosa corbata medio deshecha, estaba mascullando un puro. Ne estaba, sin embargo, bastante borracho para que la aparición de su hermano á aquella hora no le extrañase, y más aún la expresión involuntaria de la cara de Juan al decirle en voz baja pero temblando de indignación:

- Papá quiere hablarte en seguida: ¡ Ah! ¡ Falsificador! Papá lo sabe todo.

Antonio se quedó un segundo como aterrado al oir aquella frase cargada de tal amenaza, y despertó de repente de su borrachera. El instinto de la defensa animal, que se desarrolla en los criminales con el crimen mismo, le hizo erguirse, levantar la cabeza, ase-

gurar sus pasos y responder á su hermano con agresiva insolencia:

— ¿ Es una broma, verdad? Pues la encuentro pesada.

Y al decir estas palabras se dirigió sin embargo al despacho de su padre. De toda su persona se desprendia una atmósfera de mal lugar, mezclada con el olor del tabaco y de un fuerte perfume. Á medida que entraba en el radio de luz, las huellas de su orgía de aquella noche se hacían más visibles. La palidez de sus mejillas y de su frente indicaban un enorme cansancio, estimulado, sin embargo, por el sobresalto del peligro. Bien lo decía el brillo de su mirada y el acento casi altanero con que se dirigió á su padre en cuanto Juan cerró la puerta:

— ¿ Qué es lo que acaba de decirme Juan? ¿ Tienes que hablarme ?... Aquí estoy.

— Sí, tengo que hablarte. He recibido hoy la visita del señor Berthier. ¿ Ese nombre no te hace adivinar de qué se trata?

No á fe mía, respondió Antonio, y su cara tomó una expresión de arrogancia que hubiera denunciado la falta para cualquiera que no fuese el hombre cándido, á pesar de su cabello gris, con quien Antonio tenía que habérselas. Y aun en el caso de que José Monnerón no hubiera sido el sonámbulo ignorante de las cosas de la vida, era padre y las energías más intimas de su sensibilidad imploraban una prueba de la inocencia de su hijo. Monnerón quiso encontrar esa prueba en aquella negación categórica y miró á Juan como pare decirle: « Ya ves ». En seguida dijo á Antonio:

- No tienes realmente nada de que acusarte en lu servicio de la oficina?

— Nada que yo sepa, replicó el joven con la misma desenvoltura, y tuvo la impudencia de añadir : Me extraña mucho que si el señor Berthier tenía que hacerme alguna observación, no me la haya hecho á mi mismo en vez de venir á molestarte con semejantes miserias...

- No lo extrañarás, respondió el padre, cuando sepas qué grave es la cosa. El profesor invocaba ya las circunstancias atenuantes... para el acusador. ¡Cómo hubiera querido Juan, testigo lúcido y mudo de aquella ceguera de una parte y de aquel cinismo de la otra, poder decir á aquel hombre honrado: « ¿ Pero no ves esos ojos de fiera acorralada que espera el ataque? Miraesas facciones que expresan tan bien en este instante la brutalidad sensual .. Escucha ese aliento fatigoso del embustero, á pesar de su audacia... Su garganta está oprimida y sus manos crispadas... Perdónale, pero atrévete á pensar la verdad... » Y él mismo se hacía cómplice de la mentira al callarse y escuchaba á su padre relatar al falsificador, que los sabía mejor que él, los detalles de su propia estafa. Antonio los escuchaba sin perder una silaba. ¡ Era una suerte inaudita el ser advertido de aquel modo! Á medida que el profesor hablaba, la fuerza de la evidencia se le imponia a pesar de todo y la fiebre de la duda, calmada un momento por la actitud resuelta del culpable, le abrasaba de nuevo el corazón. Ya sabes, dijo con acento desgarrador, la horrible sospecha que pesa sobre ti. ¡ Ah! ¡ Pruébame que no has hecho eso, hijo mío, pruébamelo!

— Nada más fácil, respondío Antonio, que durante aquel discurso se había reconcentrado en sí mismo, sin que se estremeciera ni un músculo de su cara. Juan midió por primera vez el estrago que la lujuria y la vanidad habían hecho en aquella alma El simple y con-

movedor sufrimiento de aquel padre que le mostraba tan ciega ternura no despertaban ni un eco en el corazón del estafador, ocupado tan sólo del peligro en que se encontraba. Antonio acababa de imaginar un medio de ganar tiempo, con esa rapidez de concepción propia de un temperamento criminal y que explica cómo el crapuloso se convierte fácilmente en ladrón, por poco que la ocasión le impulse, y el ladrón en asesino. -Sí, repitió, nada más fácil, y digas lo que quieras, no puedo menos de guardar rencor al señor Berthier, pues con dos palabras hubiera yo reducido á la nada esa acusación... Es verdad que estuve encargado de poner al corriente la cartilla del señor La Croix, pero nosotros no contamos al señor Berthier nuestras tranquillas y él no nos ve cuando está encerrado en su despacho. Para acabar más pronto, cuando uno de nosotros hace una copia de ese género, uno de los compañeros le dicta, á cambio de la natural reciprocidad. Así pasó cuando copié la cuenta del señor La Croix. Un compañero me dictó las cifras y yo escribí lo que él me dictaba. Aquí tienes lo que yo hubiera explicado al señor Berthier si él me hubiese hablado... y lo que le explicaré mañana... No te alarmes, seré cortés, pero no me impedirás el decirle que ha carecido de tacto, lo que no me extraña en aquel elefante... Esta es la verdad, papá, te doy mi palabra... ¿ Me crees?

— Sí, te creo, dijo el padre, te creo... Y dirigiéndose à Juan añadió: ¿ Cómo no hemos pensado en esto, que era tan sencillo? ¡Qué peso me he quitado de aquí! Y se puso una mano en el pecho. ¡Un Monnerón falsificador y ladrón!...¡No, no era posible!... Ya ves, amigo mío, continuó dirigiéndose à Antonio, ya ves que hay que ser siempre correcto hasta en las lmás pequeñas tareas... Porque, en fin, si en vez de venir aquí, como

lo ha hecho, el señor Berthier hubiera llevado á la justicia la cartilla falsificada, te hubieran prendido y nuestro nombre hubiera acaso salido en los periódicos. ¡ Y qué disgusto para tu madre y tu hermana, tan sensibles!... Tú te hubieras justificado, pero hubiera habido escándalo en la prensa infame que trata de herir á la República en todos los funcionarios y que no ha retrocedido ante el honor de un Barantín... En fin, no eres culpable y me hace mucho bien el saberlo... Pero el compañero que te ha dictado la cuenta en tales condiciones, si no ha sido por distracción, y no puede serlo el error repetido, ha cometido una infamia... No me digas su nombre; prefiero no saberlo, ni se lo digas à nadie, para dejarle la posibilidad de reparar su falta si se arrepiente. El que debe saberlo en seguida es el señor Berthier, para lo cual es preciso que mañana muy temprano vayas á su casa. No debes permanecer ni un dia bajo semejante inculpación... ¡ Ah! ¡ Quéfeliz soy!... ¡ Ven, hijo mio, abrázame !...

— ¿Y le has dejado mostrarte ese cariño?... dijo Juan á Antonio un cuarto de hora después. El padre se había acostado, rendido por las emociones de aquel día, y los dos hermanos estaba reunidos en el cuarto del mayor, como por la mañana, pero ya Juan había trocado sus vagas sospechas por la certeza indignada del hombre honrado... Aquel abrazo del padre engañado al hijo indigno le había puesto fuera de sí. Delante de su padre la piedad filial le obligaba á callar, pero, ya solo con su hermano, no le quedaba más que el horror de haberse hecho cómplice con su silencio de aquella irrisión del más tierno y más generoso de los corazones. Que el hijo mayor, sabiendo la noble ingenuidad de su padre, no hubiera respondido á su abrazo con una confesión completa, era un crimen mayor que el del robo.

Así pues, toda la indignación de un crevente contra un sacrilegio se traslucía en la voz de Juan cuando siguió diciendo : ¡ Es una infamia! ; Me entiendes? ¡ Una infamia! No trates de negar conmigo. Eres tú el que ha falsificado los tres cheques, tú el que ha devuelto el dinero dos veces para que no se supiera, tú, tú solo, el que ha falsificado la cartilla...; Quieres pruebas? Ese nombre de Montborón que figura en los cheques es el que has adoptado en la innoble sociedad que te rodea. Esa mujer, cuyo retrato me enseñaste, se llama Ángela de Azay. ¡Ah! Un representante de la noble familia de Montborón no puede vivir como un pobre v necesita dinero para representar su papel. Tú no has encontrado nada mejor que hacer que falsificar y robar. Si hubiera querido te hubiera confundido con una palabra. No lo he hecho por nuestro padre, pero te advierto que á má no me engañas. ¡Ah! ¡ Desgraciado! ¡ Desgraciado!...

- Pues bien, si, yo he fabricado los tres cheques, respondió Antonio con esa calma insultante que tenía el arte de afectar siempre que Juan criticaba sus acciones. Desde el momento en que su hermano conocía su nombre de guerra y el de su querida, era ya imitil negar. - Sí, yo he sido, repitió. ¿ Y qué? He devuelto el dinero de los dos primeros y mañana devolveré el del tercero. Puesto que tienes la linda costumbre de espiar, entérate por tus polizontes. ¿ A quién he hechoel más pequeño perjuicio? pregunto yo. He tenido ocasión de hacer tres pequeñas operaciones de bolsa enteramente seguras y necesitaba un adelanto, absolutamente cierto de devolverlo en breve plazo. He podidono ser correcto en los medios de procurarme fondos, pero esto es una ligereza, ni más ni menos. Si tú estuvieras al corriente de la psicología de los hombres de negocios - y su acento tomó un dejo de ironía para burlarse del vocabulario habitual de Juan - sabrías que esas operaciones son diarias en una ú otra forma. Esta no habrá hecho daño á nadie más que á mí que tendré mañana una escena desagradable con ese estúpido de Berthier. En cuanto al nombre de Montborón, eres asombroso al reprochármelo al mismo tiempo que calificas de innobles á las personas con quienes me place vivir. Creo que debieras felicitarme por no comprometer el nombre de Monnerón en una mala socie. dad. No menos extraño te encuentro al vituperarme por mi actitud de hace un momento con papá, cuando no he hecho más que obrar como tú. El pobre hombre se hubiera dado con la cabeza en la pared por una irregularidad de la que yo pensaba borrar toda huella mañana temprano, y repito que así lo hubiera hecho si Berthier me hubiese hablado en vez de hacer tanto ruido, pues tengo el dinero para devolverlo, y la cuenta de La Croix hubiera estado perfectamente en regla. Financieramente lo ha estado siempre, pues un depositario de la casa no tiene derecho para disponer á la vista de más de quince mil francos. Para un pago superior tiene que avisar con dos días de anticipación. Si La Croix hubiera dado ese aviso, yo lo hubiera sabido forzosamente y hubiera restablecido en seguida el depósito. No hay, pues, motivo para que nos obsequiemos con frases como las que acabas de dedicarme y por las cuales no te guardo rencor, pues prueban que eres un verdadero Monnerón. No dejan de tener gracia, por otra parte, en un socialista que pretende no creer en la propiedad...

— ¿ Y las falsificaciones? exclamó Juan, á quien el insultante cinismo de su hermano acabó de exasperar. Sí, las falsificaciones, pues aun devolviendo el dinero, no has dejado de cometer tres, firmando cheques con un nombre que no es el tuyo, lo cual lleva á presidio... Y después ¿ qué hubieras hecho si el dinero se hubiera perdido? ¿ Y si Berthier te denunciase á los tribunales por haber falsificado los libros de cuentas que estabas encargado de llevar? Porque también eso lleva á presidio ¿ entiendes?

- Berthier no me denunciará, interrumpió vivamente Antonio, porque es responsable de la oficina y perdería su plaza. En cuanto á las operaciones, te he dicho veinte veces que eran seguras, tan seguras como que estamos aquí. He adoptado un medio incorrecto, ya lo he reconocido, pero no tenta otro, y si llegara el caso lo volvería á emplear. Yo no soy como él, dijo señalando á una fotografía de su padre, ni como tú. No soy un buen hombre ni me fío de palabras. Estoy harto de hacer lo que esos desgraciados que en la puerta de los grandes restaurants se contentan con oler lo que otros comen. Yo quiero ser de los otros y tener mi sitio en la mesa. Desde que tengo oídos no me hablan más que de democracia, de igualdad y del derecho de todos á todo, y después la tal igualdad se reduce á un pedazo de papel sucio depositado en la urna. Esta misma mañana me sirvió papá una vez más esa frase vacía de sentido. A mí me tiene sin cuidado el tal papelucho. Soy un hombre de goces y un arrivista y llegaré como pueda, pero llegaré... Nuestra educación ha tenido de bueno que no estamos embarazados por un montón de estupideces sobre la otra vida. Sabemos que no hay más que una y esa, corta. A ti te parece bien echarla á perder frecuentando los fastidiosos individuos de tu Tolstoi. Yo la quiero corta y buena, según una fórmula que me conviene absolutamente. Comprenderás que no me habrá hecho vacilar mucho el escribir siete letras « La Croix » al pie de un

cuadrado de papel, cuando se trataba de salir de un atolladero. Te he enseñado el fondo de mi alma. Piensa lo que quieras, pero no me fastidies más con tu moral. Yo conduzeo mi automóvil á mi modo. He volcado; peor para mí. Pero ya me levantaré, puedes estar seguro. Y ahora, buenas noches... »

Y tendió la máno à Juan, que se metió la suya en el bolsíllo v respondió brutalmente :

- No.

- ¿ No? pues á tu gusto, pero déjame dormir, porque estoy cansado...

. - Bien sabes que todo lo que acabas de decirme es abominable, replicó Juan, y que si piensas realmente de ese modo, no eres más que un abyecto bribón...

- Ya te he dicho que no quiero que me fastidies con tu moral, respondió Antonio, á quien iba ganando da cólera á pesar de su flema. Sus ojos lanzaron una mala mirada y añadió: Para que veas que soy más generoso que tú, yo no te acusaré el día en que vayas á presentar la lengua á Dios en una iglesia, para casarte con alguna católica que tenga un buen dote, como la hija de Ferrand, por ejemplo. Entonces te vendrá muy bien que yo me ponga entre papá y tú, y me pondré, porque soy un buen muchacho. Yo arreglaré tus asuntos. Pero mientras tanto, te repito, buenas noches...

¿ Cómo aquel peligroso joven, que parecia tan absorbido por los placeres, había sorprendido el secreto de su hermano? Juan no se lo preguntó siquiera, de tal modo se quedó confundido por aquella brutal alusión á su delicada y tierna novela. Como todos los enamorados, había seguido su sueño sin cuidarse de que era observado. ¿Por quién? En primer lugar por Cremieu Dax. El fundador de la Unión Tolstoi había encontrado un día á Antonio y le había preguntado

con aquel espíritu de inquisición que le era habitual cuando se trataba del porvenir de su obra : ¿ Qué se hace tu hermano? ¿ No has notado que se ocupa mucho en cuestiones religiosas? Temo que ande de por medio alguna influencia clerical. ¿ No tienes alguna idea de esto?... Antonio había hablado del asunto con su hermana y ésta le había respondido : Es posible, porque creo que está enamorado. Le he visto en el Luxemburgo con su antiguo profesor, Ferrand, y con su hija, y la echaba unos ojos... Y como esa Brígida es una santurrona... Después, Antonio, el que se atrevia á hablar de espías, había registrado el cuarto de Juan y había encontrado las iniciales B. F. trazadas cien veces distraídamente en la carpeta y en todos los papeles, y no le había hecho falta más para deducir que, en efecto, su hermano estaba enamorado de la hija de Ferrand. En las conversaciones de familia, José Monnerón mencionaba á menudo á su antiguo compañero de la Escuela Normal con una curiosa mezcla de respeto y de aversión, de desconfianza y algo de envidia, a causa de su independencia de fortuna. Y casi siempre la mujer del profesor daba forma á esos vagos sentimientos con alguna frase agria. ¡ Calla! habíase dicho Antonio, este santo varón de Juan está « trabajando » á la pequeña Ferrand y á su dote, sucia interpretación de la que acababa de servirse contra el justo desprecio de su hermano como de un arma segura, pues Juan no respondió, y meneando la cabeza como quien se prohibe á sí mismo una discusión degradante, salió del cuarto sin mirar al que le había insultado.

Apenas había salido por la puerta, cuando la cara de Antonio, sostenida por el orgullo y el desafío, se descompuso por completo. El terror de un hombre que se siente perdido se pintó en sus facciones alteradas, en sus

pupilas fijas, en la flojedad de todo su cuerpo, que se dejó caer de repente en una silla. La pálida claridad de la única bujía iluminaba con un tinte lívido aquella fisonomia en la que se leia la verdad que el joven había ocultado á su hermano como á su padre, aunque con distinta mentira. Ni había empleado el dinero de los tres cheques en operaciones de Bolsa ni había puesto al corriente la cartilla de La Croix al dictado de ningún compañero. El jefe de la casa, al que Antonio llamaba con una desenvoltura digna de su caballero sidad « ese elefante », había adivinado la verdad. Antonio se había hecho abrir una cuenta corriente en el Crédito Departamental, sociedad poco escrupulosa, bajo un nombre falso, y después había fabricado el primer cheque de mil doscientos francos con la idea de jugar, bien á las carreras, bien en un garito en que uno de los caballeros de industria que conoció en casa de Ángela le había presentado. Jugó á las carreras y en el garito y ganó en junto una suma enorme para él: nueve mil francos. Entonces devolvió á la cuenta La Croix los sesenta luises de la puesta y disipó en poco tiempo los siete mil ochocientos francos en regalos á su querida, cenas con ella y otras sesiones de juego menos dichosas. Envalentonado por el primer éxito, reincidió y falsificó el cheque de tres mil francos. La suerte siguió siéndole favorable y ganó en la semana cerca de quince mil francos, valeccionado por la experiencia, repuso el dinero del cheque y tuvo la cordura de no jugar el resto. Pero doce billetes de mil francos para una individua como Ángela, eran lo mismo que un puñado de hierba para uno de los caballos de raza sobre los cuales había apostado. Y el empleado de la banca, que se había hecho pasar con su querida per un joven rico venido á Paris para estudiar alegremente la carrera de derecho,

tuvo que falsificar de nuevo al trasluz las siete letras de que había hablado á su hermano... Á pesar de su nueva vida, Antonio seguía siendo el nieto del paciente labrador de Ouintenas, pues dividió aquella suma, ya más importante, y tuvo la prudencia de no jugar más que la mitad y sólo á las carreras, porque había observado que en el garito perdía siempre y sospechaba las trampas. La suerte entonces fué dudosa y nunca pudo restituir la cantidad integra. En una palabra, cuando volvió de improviso el señor La Croix, de los cinco mil francos no le quedaban más que unos setecientos. Pero Antonio no se inquietó gran cosa, pues en su oficina se saldaban las cuentas el 31 de diciembre, salvo el caso de petición del cliente, y no era probable que La Croix quisiera saber el total de la suya antes de esa fecha. En vista de lo cual, Antonio continuó su doble vida : hijo laborioso de un modesto profesor y amante preferido de una mujer elegante. Hay en el misterio y en el peligro tan poderosas excitaciones para la sensualidad, que el capricho del joven por aquella querida había tomado, después de sus robos, una acritud de pasión, hasta el punto de que ya estaba meditando intentar en otro depósito la misma operación que hasta entonces le había salido bien en el de La Croix. Pero el descubrimiento de Berthier hizo que todo se viniese abajo y aunque hacía un momento había afectado gran seguridad, las consecuencias judiciales de sus actos le habían helado hasta la medula de los huesos. Aun en el caso de que consiguiera devolver los cinco mil francos, sabía que estaba á merced de la buena voluntad de Berthier. Si no los devolvía, el negocio era claro : el juicio oral y el

— Setecientos francos, acabó por decir en alta voz. Setecientos francos... Tengo que encontrar cuatro mil trescientos de aqui á mañama por la mañana. ¿Pero dónde?... ¿Cómo?...

Un camino de salvación se ofreció en seguida á sn pensamiento. El rasgo de la naturaleza de Antonio que, sin freno religioso y sin apoyo de clase, habia hecho París tan temible para él, era una sensibilidad violentamente campesina, ó lo que es lo mismo, un animalismo vulgar, pero vigoroso, en todas sus facultades. Su imaginación era enteramente positiva y concreta. Metido en aquel callejón sin salida, empezó por representarse físicamente y en su decoración habitual á todas las personas que podían ayudarle, y en primera línea á su querida. En el relámpago de una semialucinación interior, volvió á ver la casa de la calle de Longchamp y la alcoba de Angela, tapizada de muselina plegada. Se vió á sí mismo vistiéndose para volver á casa de su padre y la vió á ella saltando de la cama en el último momento para acompañarle hasta la puerta. Su delicioso cuerpo se dibujaba en un peinador de fláccida seda lleno de encajes y de cintas. Sus pies desnudos, en los que se transparentaban las azuladas venas, jugueteaban en unas chinelas de cuero blanco forradas de armiño. Sus cabellos rubios y rizados lecaían por la espalda y sus ojos azules se ahogaban en la languidez de su tierna locura de amor. Antonio sentía todavía en la boca la quemadura de sus labios rojos y la frescura húmeda de sus lindos dientes, mientras respiraba el aroma embriagador de que estaba como impregnada aquella carne de cortesana y que el joven sentía en sus manos y en su ropa. Al lado de aquella alcoba, en la que el ruido de las escenas amorosaš más apasionadas se ahogaba en las alfombras habana y en las pesadas cortinas azules, estaba el cuarto tocador, que se pintó también en la imagina-

ción de Antonio, con los bibelots de plata cincelada y la copa de oro y cristal en que Angela dejaba sus alhajas cuando se desnudaba de prisa, como aquella noche al volver del restaurant. Entre dos besos, la joven se había quitado del cuello la sarta de gruesas perlas, hablando de la cual había dicho : ¡Si tuviera solamente tres como ésta! Aquel hilo de perlas estaba alli, en aquel mismo instante, y Antonio veia su oriente de un modo tan distinto como si hubiera estado en la pieza... No dependía más que de él el estar. Maquinalmente sacó del bolsillo del chaleco una llave suspendida de uno de los extremos de la cadena del reloi y que Angela le había dado para que pudiera esperarla en su casa aunque no estuviera la doncella. ¿ Si se fuese à la calle de Longchamp en aquel momento? El amante rico que la mantenía y al que él había cedido el puesto, era un casado que iba todas las noches á las once y media, al salir del teatro, y se marchaba á la una. El reloj marcaba exactamente las doce y cuarenta y nueve. Mientras iba hasta allí, sería la una y cuarto. Pasaria diciendo al portero un nombre cualquiera y entraria en el piso. Angela estaria dormida y él cogería la sarta de perlas, con lo que estaba salvado... ¿ Y si se despertaba?... Por un segundo apareció en los ojos del joven ese brillo homicida que ha pasado por los de tantos aventureros cuando estaban ejecutando lo que el empezaba tan sólo á concebir : un robo de alhajas en casa de una mujer galante. Pero Antonio era demasiado joven todavía v vibraban en él demasiado las voluptuosidades probadas con ella, para que todo su ser no se echase hacia atrás ante la horrible hipótesis de ser sorprendido por Angela y de... No, no, la despertaría él mismo y le diría su desgracia. ¿ Por qué no? También ella le amaba desde el día en que la encontró

en las carreras y, puestos de acuerdo, se adjudicó por primera vez su fantástico vizcondado de Montborón. Lo demás había venido á través de mil episodios deliciosos de un sentimental libertinaje, que probaban que su juventud y su pasión habían hablado á los sentidos de aquella mujer... ¿ Quién sabe? Si supiera la verdad, acaso la conmoviera el verle envuelto en una crisis tan tragica por culpa de su amor. ¿ Qué eran cinco mil francos para una persona á quien su amante oficial daba sesenta mil al año, ó sea aquella cantidad todos los meses? Era el 1º de noviembre y Ángela debía de haber recibido su mensualidad aquella mañana... El amante de corazón se figuró de repente aquella escena de confesión humillante con una precisión que le hizo sentir toda su amargura, y su orgullo se sublevó ante tal idea.

- No, no, dijo de nuevo, y su reacción interior fue tan violenta, que se levantó y empezó á pasearse por el cuarto como una fiera enjaulada. No, eso no... No lo haré, al menos sin haber llamado á otras puertas... ¿ Pero á cuáles? Por mucho que daba vueltas en la cabeza á esta cruel pregunta, no salía de ella ninguna respuesta que le mostrase una salida posible. Veinte proyectos desfilaron sucesivamente por su imaginación : ir á casa de La Croix, confesárselo todo y obtener que no le denunciase... ¿Pero, y si le hacia prender en el acto?... Suplicar á Berthier que le concediese un plazo de veinticuatro horas... ¿Pero qué habría adelantado después de ese plazo?... Marcharse á la casa de juego aquella misma noche con sus setecientos francos... Pero se los robarían de seguro... Llevar sus alhajas y las de su madre al Monte de piedad... Todo junto no valdría jamás cinco mil francos... En todas estas idas y venidas de sus ideas, Antonio no se ocupaba más

que de sí mismo, sin que á su dura y seca ansiedad se mezclase ningún remordimiento, egoísmo feroz que era, como el irrealismo de su padre y como la incertidumbre malsana de Juan, un resultado lógico de la falta de raíces y de madurez de aquella familia. Antonio lo había ya probado por la facilidad con que se adaptaba á todas las formas del mal é iba á probarlo más todavía intentando una de esas acciones malvadas de la vida, á las que no alcanzan las leves, pero que manchan acaso la conciencia con un borrón más indeleble... Hacía una hora que estaba forjando y desechando proyectos más ó menos razonables, cuando una casualidad, el encuentro de sus ojos con un retrato que había en la chimenea, detuvo de pronto su marcha febril. En su pensamiento había aparecido un proyecto muy vago todavía y sumido en esa penumbra en que se disfuminan los actos que traducidos desde luego en fórmulas concretas nos parecerían monstruosos. Después la conciencia se acostumbra á mirarlos de cerca y los adopta con una rapidez que los utopistas como José Monneron debían tener en cuenta antes de tocar á uno solo de los antiguos útiles de represión moral que nos ha legado la experiencia de los siglos. Entre un joven vanidoso y ligero, que era Antonio á los diez y ocho años, y el falsificador en que se había convertido ¿qué había mediado? La ojeada de una criatura vista en un hipódromo. ¿ Y qué era lo que ahora, loco de terror, acababa de concebir?... El retrato que había en la chimenea era el de su hermana Julia. Antonio le cogió en la mano y empezó á mirarle indefinidamente, como si un resto de cariño fraternal luchase en él contra el paso abominable á que se sentía ya irremediablemente arrastrado.

¡Ah! dijo con los dientes apretados y dejando el re-